



LAS SECUELAS DE AUSCHWITZ

LAS SECUELAS DE AUSCHWITZ



CARLOS GÓMEZ-MIRA GARCÍA



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre de 2026

Depósito legal: SE 3658-2026

ISBN: 979-13-7060-961-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Carlos Gómez-Mira García

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*Dedicado a todos aquellos
que sufrieron discriminación,
sufren discriminación,
y sufrirán discriminación*

Capítulo 1

LA CONFESIÓN

Todo parecía lúgubre y triste en concordancia con lo que estaba sucediendo en la habitación. Las cortinas filtraban una luz gris, que apenas iluminaba la cama en donde Saray reposaba. La almohada estaba algo húmeda por el sudor que se desprendía de la cabellera de ella. Saray era una mujer de mediana edad. Cara delgada y cuerpo que se adivinaba de buena estatura a través de las sábanas que la cubrían. Tenía el pelo descuidado, lleno de canas y la piel de la cara se mostraba sin brillo, quizás resultado de la enfermedad que estaba pasando. Dora, su hija, cariñosamente cuidaba, quitando con un pañuelo las gotas que perlaban su frente. Cada pocos minutos un acceso de tos hacía que Dora, con una pequeña toalla, recogiera de su boca los efluvios sanguinolentos que emanaban, y la limpiaba su cara para mantenerla lo más aseada posible.

Dora, que tenía quince años, la verdad es que aparentaba algo más. Un cuerpo ya desarrollado de mujer, formas rotundas que disimulaba con su vestimenta suelta. Tenía un pelo rubio natural, algo ensortijado y en medio de la cara brillaban unos ojos azules, limpios y luminosos. La verdad es que tenía una complexión bastante diferente a la de Saray. Estaba sentada al pie de la cama, en un pequeño taburete para encontrarse más cerca de la enferma, y así atenderla mejor, algo que hacía con auténtico cariño.

En la pared, frente de la cama, pegada a una cómoda sobre la que se aposentaban algunos retratos, ajados de un color amarillento por el tiempo, se encontraban sus vecinas Juana y Emilia.

Saray, incorporándose un poco y dirigiéndose a ellas, les dijo.

—Por favor, salid un momento de la habitación, pues querría hablar a solas con mi hija Dora.

Las dos mujeres obedecieron al instante, y se marcharon fuera, cerrando la puerta con gran cuidado para hacer el mínimo ruido.

—Dorotea, aproxímate un momento que quiero contarte algo que es muy importante y que ignoras. Me encuentro ya al final de esta existencia, y debes conocerlo.

A Dora le extrañó que su madre la llamara por su nombre completo Dorotea, y no por el más familiar y cariñoso Dora. Aproximó el taburete en el cual estaba sentada y acarició el pelo de su madre mientras decía.

—Mamá, no te preocupes, saldrás de esta situación. Nunca has tenido buena salud, pero ya verás como esto es un episodio más de tus problemas pulmonares que pasarán.

—No —dijo Saray—. Yo sé que ya me queda muy poco. No me quejo, es la vida y hay que aceptarla.

Cogió aire en sus pulmones y mirando fijamente a su hija dijo.

—Quiero que sepas que yo no soy tu madre ni que mi marido Isaac, que ya nos dejó hace tres años, era tu padre.

La frase quedó suspendida en el aire, en un silencio espeso, interrumpido tan solo por el tictac de un reloj que sobre la cómoda marcaba los segundos.

Dora estaba estupefacta, sin saber qué decir o comentar.

Saray respiró otra vez fuerte y continuó.

—Algunas cosas que te voy a contar ya las conoces, pero te falta saber lo más importante. —Suspiró profundamente antes de proseguir—. Sabes que estuvimos en el campo de exterminio de Auschwitz, tanto Isaac como yo. Y las secuelas del tiempo que pasamos allí todavía las estamos sufriendo. También en

otros campos se encontraban nuestros familiares, de los cuales desgraciadamente nunca logramos saber qué les pasó. Con toda seguridad están muertos, como los millones de judíos que sucumbieron por culpa de los nazis. Mi madre era una famosa violinista y desde muy pequeña me inculcó la música como una faceta, quizás la más importante de la vida. Yo, con menos edad que tú, estaba siempre ligada al violín, como si fuera una parte más de mi cuerpo. Teníamos una buena vida en Leipzig. Una preciosa casa, con un chalet lleno de flores en el jardín, y allí vivíamos mis padres y yo junto a mis dos hermanas. Una familia musical, pues mi padre tocaba el piano, no con la maestría con la que mi madre tocaba el violín, y mis hermanas una el chelo y la otra el clarinete. Eran más pequeñas que yo, pero ya apuntaban maneras.

—Tu «padre» —hizo un extraño gesto al decir esa palabra—, Isaac, era hijo de un afamado joyero que vivía en Berlín. Una familia bien acomodada, con un estupendo nivel de vida. ¿Cuál era nuestro pecado? Simplemente ser unos alemanes con raíces judías, eso era todo.

—Cuando el partido nazi subió al poder con su antisemitismo, toda esta vida se nos acabó. Sobre todo a partir de la conocida como noche de los cuchillos largos, el uno de julio de mil novecientos treinta y cuatro.

Suspiró para coger más aire, mientras Dora le limpiaba la frente perlada de gotas de sudor.

—La vida empezó a ser cada vez más difícil para los judíos, casi imposible, y no mucho tiempo después nos recluyeron en Dachau, cerca de Múnich, pero aunque ahí estábamos mal, no fue lo peor. Esto vino dos años después cuando empezamos a saltar de campo en campo. Las familias desmembradas. Yo fui apartada de mi madre y mis hermanas. Ya nunca más he sabido de ellas. Aunque me dijeron que las mandaron también a Auschwitz, pero nunca las pude encontrar en ese campo. Yo creo que

a mí y a Isaac no nos mataron pues éramos jóvenes y querían que pudiésemos trabajar para los nazis.

—Todo empezó a ir mucho peor al comenzar la Segunda Guerra Mundial. Al cabo de los años ya estábamos en el enorme campo de Auschwitz-Birkenau.

—En el momento en que acabamos los dos reclusos en ese campo de concentración y exterminio, te puedo decir que no nos conocíamos. Allí había muchísima gente, cientos de miles, no solo judíos sino de otras nacionalidades que para los nazis eran gente que, como esclavos, tenían que trabajar en la industria de armamento.

—Allí descubrieron en un interrogatorio que yo podía tocar el violín.

—Fue la jefa del campo para las mujeres, María Mandel, que en mil novecientos cuarenta y dos la hicieron la Lagerführerin, es decir, la responsable de las mujeres, la que organizó la orquesta de música en Auschwitz.

Respiró profundamente y mirando a los ojos a Dora dijo:

—María era una persona de apariencia agradable, hasta podríamos decir que guapa, pero con un alma de diablo. Nuestra misión era dar conciertos, tocar música, cuando venían nuevos presos en los trenes. Y mientras eran escogidos, según su capacidad para trabajar, y los iban apartando a unos y a otros, nosotros tocábamos piezas clásicas. Las personas más mayores o con menos salud iban directamente a la cámara de gas. Las que podían ser útiles en los trabajos manuales las ponían aparte.

—Nosotras, las componentes de la orquesta, teníamos una mejor calidad de vida, no estábamos tan desnutridas como el resto, teníamos algo más de comida y ropa.

Saray se sumergió en otra convulsión de toses y de ahogos. Dora, una vez más, trató de limpiar los efluvios sanguinolentos que expulsaba por la boca.

—Mamá, por favor, no sigas. Esto no te sienta bien.

—Dijo ella mientras atendía a su madre.

Saray cogió fuerzas e incorporándose ligeramente prosiguió.

—Creo que es muy importante que sepas estas cosas antes de que yo te deje para siempre, tienes que saber de dónde vienes.

Saray respiró profundamente y continuó con su relato después de haber cogido fuerzas.

—Lo más espantoso era cuando nos obligaban a tocar, mientras los presos estaban en las cámaras de gas, y así ahogar mediante la música los gritos de horror y de angustia de los que estaban muriendo.

Hizo una pequeña pausa, y dijo en voz baja.

—María nos gritaba: ¡más fuerte, más fuerte! Para que subiéramos el volumen de las notas que salían de nuestros instrumentos y así que apenas se pudieran escuchar los gritos de los que agonizaban.

Dora fue a buscar una palangana con agua para limpiar la cara de su madre, y también un vaso de agua, que ella bebió con avidez.

Ya más reposada prosiguió con el relato.

—Yo que era una mujer joven, me vi sometida a unas prácticas espantosas por los médicos del campo. Me embarazaban con esperma que tenían congelado, para luego hacerme abortar, y así investigar los cambios hormonales y la influencia en las transfusiones de sangre. También vi experimentos increíbles, que me niego ya a relatarte, con niños gemelos, para ver las diferencias de respuesta a bestialidades que hacían con ellos. Todos acababan en la cámara de gas.

—Pero la diabólica mente de María Mandel inventó algo todavía peor. Más ruin. Hacer un prostíbulo con las presas. El propósito era que los presos que trabajaban en armamento, en la construcción de obuses o cosas así, tuvieran un aliciente para sacarles más rendimiento.

Suspiró profundamente antes de decir.

—Yo fui una de esas mujeres que estuvieron en el prostíbulo. Yo fui una a las que hicieron prostituta a la fuerza.

Se estableció un silencio entre Dorotea y su madre. Ninguna decía nada, ni comentaba nada. Tan solo por las mejillas de Saray empezaron a rodar gruesas lágrimas.

Al final fue Dora la que rompió el silencio.

—Mamá no te culpes por eso. Fuiste obligada a comportarte así, por lo que me dices. Por favor, no sigamos con esto, no te hace bien ni a ti ni a mí.

—¡Pero tengo que relatarte todo!... Es mi obligación —repuso Saray haciendo un esfuerzo para levantar el tono de voz.

Cogió aire de nuevo, como si verdaderamente se estuviera ahogando y prosiguió.

—Por lo menos una cosa buena me sucedió en ese, llamémosle trabajo. Conocí a tu padre, a Isaac. Él era un preso como yo de Auschwitz, pero que le hacían trabajar en una fábrica cercana de munición. Lo sacaban del campo por la mañana, y volvía a dormir allí por la noche. Normalmente agotado después de una jornada sin descanso ninguno. Pero, aparentemente era uno de los beneficiarios del llamado prostíbulo.

—Una tarde, le «asignaron» a mí para que tuviera relaciones. Como cosa curiosa, y dejando el morbo a un lado, te diré que la mayoría de los... «clientes» no podían hacer ningún acto sexual, pues estaban en tal estado de desnutrición y debilidad, que no tenían fuerzas para nada. Isaac tenía una presencia física, que dentro de la espantosa apariencia que solíamos tener todos en el campo, debido a no podernos apenas lavar, las ropas, y sobre todo la falta de comida, él era de lo mejor que se podía ver por allí.

—No hicimos nada. Tan solo se sentó en el borde de la cama y hablamos y hablamos largo rato, hasta que una campana que sonaba en el piso de abajo, avisaba que los hombres debían salir de la habitación en donde estaban. Ya habían tenido su «ración de placer», según los administradores del campo.

Por primera vez, Saray mostraba una ligera sonrisa en su rostro.

—Nos vimos más veces en esa tesitura. Estábamos ya a finales de mil novecientos cuarenta y cuatro. Sabíamos que nuestra liberación estaba próxima. Muchos días podíamos ver a formaciones muy grandes de bombarderos que pasaban sobre nosotros. Sonaban una sirenas, pero solo se guarnecieron en los refugios que había, los guardianes. A nosotros los presos nos dejaban sin protección. Aunque tengo que decir que nunca cayó una sola bomba cerca de los campos de exterminio. Solo lo hacían en las fábricas que había por los alrededores, señal de que los aliados debían saber qué eran todos esos barracones que estaban agrupados, en medio de la nada.

La voz de Saray se iba apagando lentamente. Le costaba a ella seguir con el relato, pero Dorotea se pegaba más a la cabecera de la cama para no perder su hilo conductor.

—En enero de mil novecientos cuarenta y cinco, muchos de los guardianes empezaron a huir. Dejaron el campo casi sin nadie que vigilase, aunque las puertas de alambrada seguían cerradas. Por fin, a finales de ese mes, se escuchaban las explosiones de la artillería rusa que se aproximaba al campo. En general la gente se mantuvo sin moverse. La debilidad de casi todos debido a la desnutrición era tan enorme, que no teníamos fuerzas ni para andar. Pero el caso de Isaac y mío era distinto. Yo, por haber estado en la orquesta y más tarde en el prostíbulo, había tenido una nutrición superior al resto de las presas. También Isaac, que había trabajado en las fábricas de armamento, estaba algo mejor mantenido. En aquel desconcierto de miles de gentes, unos intentando escapar, los que fueron los guardianes y tratando de pasar escondidos y desapercibidos para huir de sus responsabilidades, y otros esperando que las fuerzas soviéticas les ayudasen a sobrevivir. Milagrosamente nos pudimos encontrar. Nos dimos un abrazo, llorando de emoción y de alegría. ¡Por fin se acababa este martirio!

—Pero, ¿yo dónde estoy en toda esta historia? —preguntó con curiosidad Dorotea.

Saray esbozó una ligera sonrisa, mientras hacía un signo con la mano abierta como para decirle que esperara.

—Cuando íbamos a salir del campo, pues ambos teníamos muy claro que queríamos huir a la zona de los aliados, fuera del área de dominio ruso, en la puerta, bajo del letrero «Arbeit macht frei» vimos una niña pequeña, tendría unos dos o tres años. El pelo cuidado y de un rubio platino. La ropa no eran los harapos que llevaba todo el mundo, sino un vestido bastante bonito. Esta niña lloraba desconsoladamente. La preguntamos que en dónde estaban sus padres. No sabía decirnos nada. Nada más que llorar y llorar. Se agarró a mis ropas de una manera convulsiva. Buscaba protección y cariño. Isaac y yo nos miramos y sin decir palabra los dos pensamos lo mismo. La íbamos a sacar de allí. A darla unos padres adoptivos, que seríamos nosotros. Pudimos encontrar una pequeña carretilla, que nos hizo la función de un cochecito de bebé, y así empezamos a andar hacia el oeste...

Dora interrumpió el relato y lanzó esta pregunta a su madre.

—¿Pero entonces, quiénes debían haber sido mis padres?

Saray se levantó la manga del brazo izquierdo y mostró el tatuaje azulado que se veía algo borroso con los números que le habían puesto en el campo.

—¿Ves mi número? El 155047.

Ese era mi auténtico nombre en Auschwitz, yo me llamaba así, había perdido totalmente mi identidad, al igual que el resto de los presos. Ahora levántate tu manga en donde tienes el tatuaje.

Dora hizo lo que pedía, dejando a la vista igualmente unos números, bastante borrosos, pero todavía legibles.

—¿Ves? —dijo Saray—. Tu número es un poco extraño, el A-2973, no sigue el mismo patrón de lo que teníamos todos los demás presos.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Dora con curiosidad.

—Mira —empezó a relatar Saray, lentamente—, en el campo, hubo guardianes o jefes, que, o se enamoraron de presas judías, o se encapricharon de alguna de ellas, y las acogieron en su casa con el pretexto de ser una muchacha de servicio. No podían reconocer «oficialmente» que estaban conviviendo con una mujer judía. Con ellas llegaron a tener descendencia. Tú eras de pequeña muy rubia, muy «alemana». Casi todos los judíos éramos de pelo castaño o negro. Por lo tanto debido a ese extraño número que tenías tatuado, y a tu presencia de piel muy blanca y pelo rubio, es muy posible que fueras la descendencia de los amores de una presa y un guardián o responsable de Auschwitz. Algún soldado rubio alemán de los que había en el campo. En el desconcierto de cuando los rusos estaban entrando en el campo, no sé qué podría haber pasado con tus padres biológicos. Es muy posible que o te perdieran, o te abandonaran a tu suerte mientras huían de allí. Bueno, eso sería tu padre, pues tu madre, supongo que la habrían matado, para que no hubiera un testigo de las relaciones de un ario con una judía.

Se hizo un silencio entre las dos. No se escuchaba nada, únicamente la pesada respiración de Saray.

Al cabo de unos minutos Dora volvió a preguntar.

—¿Y cómo pudisteis justificar que yo era vuestra hija?

Saray lanzó un suspiro antes de continuar su relato, mientras una ligera sonrisa afloró en sus labios.

—Fue una odisea lograr andar contigo hasta la zona sur de Alemania. Nada más salir, en un paisaje destruido por la guerra, conseguimos en una granja abandonada, encontrar ropa, para podernos quitar los uniformes a rayas de los presos, y hasta encontramos un carro y una mula, que fue lo mejor que podíamos haber conseguido.

Saray volvió a sonreír mientras, como mirando al techo, recordaba aquello.

—Si hubiésemos ido andando, no sé hasta dónde podríamos haber llegado. Pero con el carro y la mula, las cosas cambiaron

drásticamente. De todas formas íbamos encontrando caseríos y fincas abandonadas, en donde podíamos coger comida y hasta ropas nuevas. Al final, llegamos hasta Landsberg, al sur de Alemania. Ahí nos enteramos de que el gobierno nazi había capitulado por completo, y que la guerra había acabado por fin. Las fuerzas americanas habían montado en esta ciudad un espacio para los refugiados, al cual iban llegando familias enteras de judíos de los campos de concentración y exterminio. Había una organización que se llamaba UNRRA, que era la Agrupación de las Naciones Unidas para Ayuda y Administración, y que llevaba adelante este campo de ayuda.

—Los dos teníamos claro que ya no queríamos seguir en Alemania, queríamos irnos de allí. Estuvimos varios días buscando, por medio de las autoridades americanas, alguna noticia, tanto de mi familia como la de Isaac, pero no conseguimos ningún resultado. Lo que nos decían es que casi seguro si eran unas personas mayores, como no eran útiles para los planes de trabajo de los nazis, los habrían matado en las cámaras de gas.

Dora preguntó con curiosidad:

—¿Pero cómo pudisteis conseguir que las autoridades creyeran que yo era vuestra hija?

—Eso fue fácil —repuso Saray—. En general nadie teníamos ningún tipo de documentación. Lo único que demostraba que éramos unos judíos, escapados de un campo de exterminio, eran los tatuajes que teníamos en los brazos con los números que nos habían puesto. El resto era una declaración que teníamos que hacer con nuestros nombres, nuestras antiguas direcciones y cosas así. Ten en cuenta que Alemania estaba arruinada por completo, y de momento no había ni registros de población ni nada parecido, y más en ciudades como Leipzig que estaba absolutamente destruida. Por eso declaramos nuestros nombres, y nos inventamos el tuyo y tu fecha de nacimiento. A las autoridades les pareció un tanto extraño, que pudiéramos haberte tenido en Aus-

chwitz, dadas las condiciones del campo. Pero admitieron nuestra declaración. Más tarde, al expresar nuestro deseo de no seguir en Alemania, nos ofrecieron la posibilidad de ir hacia Argentina, en un grupo reducido de judíos, que eran todos los que admitía el estado argentino. No sé si lo hicimos bien, pues un poco más tarde acogieron a bastantes judíos en Estados Unidos, y no sé si eso habría sido algo mejor, pero la decisión estaba tomada. Nos llevaron en camiones, pues las líneas ferroviarias estaban destruidas hasta el puerto de Hamburgo. Nos impresionó ver el estado de desastre en que estaba esta ciudad por los continuos bombardeos que habían hecho los aliados. Prácticamente no quedaba ni un solo edificio que no estuviera en ruinas.

Dora seguía con una atención enorme todo este relato, dejando casi sin hacer preguntas para que Saray le contase esta intrigante historia.

—Allí vimos un barco, parecía de carga, bastante destartado. Se llamaba Sieg, victoria en alemán. Debajo del nombre, estaba la palabra Hamburg, aunque con las letras apenas visibles. Era curioso no ver la bandera nazi en la popa. El navío había sido requisado y lo que ondeaba en un pequeño mástil, era una bandera norteamericana. El barco era de las pocas cosas que habían quedado en el puerto sin que fueran destruidas del todo. La tripulación, yo creo que era de algún país de Oriente Próximo, o Líbano o algo así, pero estaba custodiado en el puerto por tropas vestidas de color caqui, yo creo que eran americanas.

El relato iba agotando a Saray, de la cual salía ya tan solo un pequeño hilo de voz. Dora se aproximaba a ella para escuchar mejor, y podía percibir el olor a sudor que expandía su madre, un aroma extraño, que parecía ya el hedor de la muerte.

—El viaje fue muy largo —prosiguió con dificultad Saray—, al principio pasando frío por las noches, yo creo que no había calefacción. Hicimos una escala en Bristol, para recoger víveres y alguna carga. Pero no nos dejaron salir del barco. Después segui-

mos nuestro viaje hacia Río de Janeiro. En cuanto entramos en la zona tropical, empezó a ser terrible el calor que pasamos. Las chapas metálicas del buque parecían arder. Los camarotes en donde estábamos, si a eso se podía llamar camarotes, eran durante el día y, a veces en la noche, un auténtico horno. Normalmente, si no había apenas oleaje, dormíamos en la cubierta para aguantar mejor las altas temperaturas.

—¿Es decir que el viaje no fue nada agradable? —terció Dora.

Saray abrió los ojos que había tenido entornados durante el relato, y volvió la cara de costado para mirar a su hija.

—Dora, nosotros veníamos de Auschwitz, cualquier cosa distinta de aquel campo de exterminio nos parecía una vida paradisíaca.

Hizo una pequeña pausa para recuperarse un poco y coger aire.

—Mamá, por favor, ¿por qué no descansas? Esto te agota y creo que ya me has dicho bastante.

Hizo Saray un gesto con la mano para reclamar silencio a su hija antes de proseguir.

—Quiero que sepas todo lo que ocurrió, hasta que ya tuviste la suficiente edad para comprender nuestra situación.

Suspiró profundamente como para coger fuerzas y con un tono monótono y cansino siguió el relato.

—Tampoco en Río de Janeiro nos dejaron bajar del buque. Estuvimos varios días allí encerrados hasta que volvimos a salir a la mar abierta de nuevo. Lentamente, nuestro barco no navegaba realmente rápido, nos íbamos acercando a nuestro destino. Por fin, tras más de un mes metidos en aquella bañera, pudimos ver la ciudad de Buenos Aires. Me pareció desde la lejanía un lugar precioso. Acostumbrados a ver la destrucción de las ciudades alemanas, la miseria y la muerte, aquello parecía casi un lugar idílico...

—Tengo ya un vago recuerdo del hotel, o algo parecido en donde estuvimos en Buenos Aires. Me acuerdo de un jardín en el

cual yo jugaba con otros niños, en cambio la verdad es que no me acuerdo nada del viaje en el barco —dijo Dora.

Saray echó una ligera sonrisa, antes de decir:

—La verdad es que tuvimos una buena acogida. Salir del barco después de estar tanto tiempo allí fue un alivio importante. Todo el personal se portó muy bien con nosotros. El hotel parecía casi un sanatorio. Las paredes con azulejos y lo único era que las camas eran muy incómodas, pues para que no hubiera ni chinches ni pulgas no tenían colchones sino solo lonas.

Saray paró un momento de hablar, con los ojos cerrados como si estuviera viendo aquellos años al llegar a Argentina.

—Para los que estábamos allí el día empezaba cuando las celadoras nos despertaban bastante temprano. Íbamos al comedor, que estaba hecho de mesas grandes, corridas, de mármol. Acostumbrado a las privaciones del campo de concentración, y al barco, aquello nos parecía un lujo extraordinario. Tomábamos café con leche.

—Cogió fuerzas y dijo con voz potente—: ¡café de verdad! Ya casi habíamos olvidado ese sabor. El pan estaba recién hecho pues lo horneaban en el mismo hotel. Éramos más de mil personas, inmigrantes de muchos sitios allí.

—Durante la mañana, las mujeres nos dedicábamos a cuidar a los niños o a limpiar la ropa. No estábamos confinados, podíamos salir si queríamos, pero en general no lo hacíamos, pues desconocíamos el idioma.

—Para ello nos daban clase de español, y también incluso nos ponían películas en ese idioma para que fuésemos acostumbrándonos a los sonidos de esa lengua.

Hizo una nueva pausa, mientras Dora le aproximó un vaso de agua que ella tomó a pequeños sorbos.

—Isaac —prosiguió otra vez con un hilo de voz—, intentó buscar una ocupación, a ser posible en alguna labor que pudiera conocer. Él había trabajado en el negocio familiar, en la produc-

ción de joyas con su familia, y no era tan fácil buscar algo parecido a eso. Yo podía dar clases de música, de violín, pero normalmente, como tú eras muy pequeña, no salía por las mañanas.

Paró un rato, quedándose con los ojos cerrados. Dora aprovechó para decir:

—Me acuerdo que en el jardín, además de jugar, había unos pequeños caballos, unos ponis, en los cuales montábamos entre risas de todos.

Saray abrió de nuevo los ojos y ladeó la cabeza mirando a su hija.

—¡Qué buena memoria tienes! Es verdad lo de los caballos. Creo que en el fondo no eran ponis, sino una raza argentina especial. Es curioso que te acuerdes de eso.

Volvió a coger aire antes de seguir.

—Nosotros queríamos salir de ese hotel o residencia lo antes posible. Además de los judíos que estábamos allí, había también personas de otras nacionalidades e incluso otros que habían sido nazis y habían huido de Alemania. Supongo que tendrían cuentas pendientes con la justicia. Ni que decir tiene que aunque podíamos hablar y entendernos en la misma lengua, en general nos miraban con desprecio a las familias de origen judío.

Se hizo un silencio entre las dos, que aprovechó Dora para limpiar un poco la frente de Saray, que seguía supurando gotas de sudor. Se daba cuenta de que la fiebre seguramente estaba subiendo.

—Mamá, voy a avisar al médico, yo creo que estás algo peor.

Saray reaccionó vehementemente.

—¡No! Déjame ir en paz. Ya no tengo arreglo. Creo que he vivido bastante, y debe de haber llegado mi hora. Siento solo dejarte sola, aunque tenemos aquí buenos amigos que te ayudarán.

Ya más sosegada respiró con un poco más de tranquilidad.

—Mamá, ¿y cómo vinisteis hasta aquí, a Don Torcuato? —preguntó Dora.

—Bueno, esa es otra historia —respondió ya sosegadamente—. Isaac era un buen artesano de las joyas y aquí en Buenos Aires había una pequeña colonia judía que había venido a Sudamérica antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial. Logró contactar con ellos, y particularmente con Otto, el marido de Juana, que vivía aquí y tenía un pequeño taller de producción de joyas. Pero él, Otto, no era un buen artesano, era tan solo un estupendo vendedor de ellas. Su negocio era bastante humilde. Le ofreció trabajar con él y potenciar la producción, no solo vender joyas sino fabricarlas. En cuanto llegaron a un acuerdo, salimos del hotel de los emigrantes y nos vinimos para aquí. En un primer momento nos hospedamos en su casa. Ellos saben que no tienen hijos. Pero en poco tiempo todo empezó a ir mejor. Era curioso pues en aquella Argentina de una riqueza increíble, y un poco antes de que Perón se hiciera con la presidencia del gobierno, las iniciativas para trabajar y para hacer pequeñas industrias provenían de gente extranjera.

Una pequeña sonrisa iluminó la cara de Saray, mientras mantenía los ojos cerrados, como rememorando todos aquellos años.

—Yo también contribuí a nuestra pequeña riqueza, con las clases de música y, sobre todo, de violín. Me di cuenta enseguida de que tú tenías muchas facultades para dominar ese instrumento.

—Pero tú habías sido una buena concertista de violín, ¿verdad? —interrumpió Dora—. ¿Por qué no quisiste nunca dar conciertos, solo clase de música?

Saray movió ligeramente la cabeza de lado para mirar directamente a Dora.

—Desde que estuve en Auschwitz, me prometí a mí misma no volver a tocar ese instrumento. Me acuerdo todavía los conciertos que nos obligaban a dar para poder silenciar los gritos de los presos que estaban muriendo ahogados en las cámaras de la muerte, o cuando venían trenes llenos de personas, y en medio de los perros ladrando con rabia, iban separando a unos de otros

según sirvieran para trabajar o llevarlos directamente a la cámara de gas para matarlos. Mientras, nosotras tocábamos con los ojos llenos de lágrimas y María Mandel, ¡qué mujer tan despreciable! Nos gritaba como te dije: ¡tocad más fuerte, más fuerte! Para que no se oyeran los gritos de las personas que los guardias separaban según su capacidad de trabajo o no. Una tragedia para las familias, que a partir de ese momento, normalmente nunca más se volverían a ver.

Unas lágrimas afloraron discretamente de los ojos de Saray, y Dora, con un pañuelo, se las enjugó con cuidado.

Saray lanzó un gran suspiro y dijo lentamente con voz muy tenue.

—Ahora que ya sabes lo más importante, por favor, déjame descansar, me encuentro verdaderamente agotada.

Dora, sin salir de la habitación, se separó de la cabecera de la cama de su madre y se sentó en una butaca que había en la pared opuesta.

Saray se durmió casi en el acto, y Dora vigilaba con cuidado la respiración de su madre. Tenía miedo de que ese descanso fuera ya la antesala de la muerte. Afortunadamente, parecía que Saray ya no sufría físicamente de esa enfermedad pulmonar que la había invadido hacía tan solo unos pocos meses, además de los problemas de todo tipo que arrastraba desde hacía bastantes años. Todos ellos eran fruto de las condiciones de vida inhumanas que había padecido en el campo de Auschwitz. Pero los médicos le habían dicho que la situación era irreversible y que en poco tiempo iba a morir.

Sin poderlo remediar, Dora empezó a sollozar en silencio. No quería que su madre la viera así, pero Saray seguía con los ojos cerrados. Le parecía terrible a lo que se enfrentaba. Una joven de unos pocos años, pues no sabía verdaderamente la edad exacta que tenía, se iba a enfrentar a la soledad de no tener a nadie de familia que la ayudase.